

ARGEN



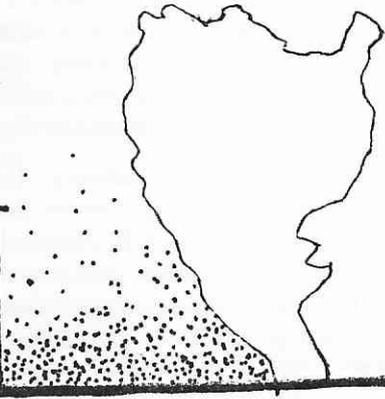
QUE ES

LA

QUE ES  
LA  
ARGENTINA

ARG

¿QUE ES  
LA  
ARGENTINA?



## ¿QUE ES LA ARGENTINA?

CESAR FERNANDEZ MORENO

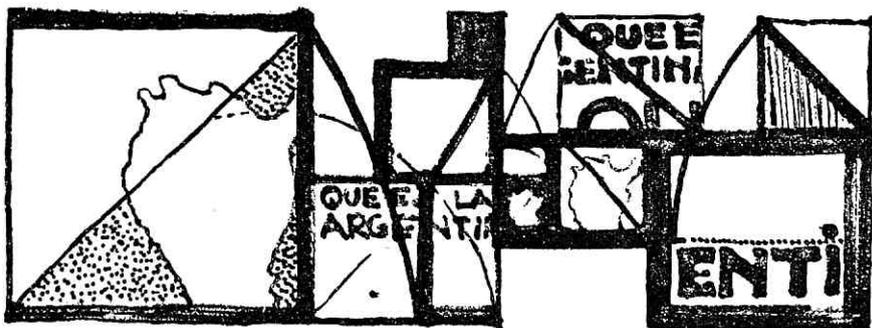
Los europeos plantean siempre esta pregunta, expresa o tácitamente, a todo argentino que anda de viaje por este continente todavía descubridor. Algo así como aquella escena del *Quijote* en que él interrumpe el paso de la caravana de condenados a galeras y empieza a preguntarles, uno por uno, sobre su nombre y antecedentes. Es una pregunta de rigor, una pregunta que corresponde al comienzo de toda relación humana: ¿quién es usted?, ¿de dónde viene?

La respuesta tiene que ser dada en todos los niveles: desde el más elemental, que ha de empezar a veces por distinguir la nación argentina de la ciudad de Río de Janeiro, hasta el más peraltado de sutileza, en que deben discutirse las teorías de José Ortega y Gasset sobre la pampa. Lo más difícil es lo espacial: quien crea que lo espacial es fácil de expresar, que se pregunte a su vez por qué las novelas policiales traen siempre un pequeño plano de la casa del crimen, que suple la ineficacia de todo idioma para dar cuenta verbal de la distribución de la realidad en el espacio.

Colocándonos, pues, en una posición filosófica de realismo ingenuo o tabla rasa, diremos a los europeos que quieran escucharnos desde aquí —y a los latinoamericanos, incluso desde luego los argentinos, no nos viene mal recordarlo—, que la Argentina es, en primer lugar, una porción de tierra aparentemente firme, ubicada a su vez en el planeta Tierra del sistema solar. Empezamos, así, bien desde el principio.

Esa porción de tierra llamada Argentina se coloca, a su vez, en el hemisferio austral del planeta; bien al sur, bien caída en el sur. Para encontrar a la Argentina en el globo terráqueo hay que agacharse incómodamente y echar el vistazo del polo sur para arriba. Es sabido que el hemisferio sur de la tierra está constituido prácticamente de agua, que la tierra es en él una verdadera excepción. Pues bien: la Argentina — como Sudáfrica, como Australia — está en ese hemisferio. Es una de las excepciones: una tierra que emerge solitaria de las aguas, una tierra con frustrada vocación de mar. Fue mar en su mocedad geológica: la pampa lo testimonia.

Esto, en cuanto a ubicación hemisférica. En cuanto a ubicación continental, la Argentina está situada en el continente americano, que es precisamente el que llegó tarde a la convocatoria de continentes. Nadie pone en duda que Africa, Europa y Asia son tres continentes distintos; y sin embargo Europa es apenas una península de Asia, y Africa está perfectamente unida a Asia —y por tanto a Europa— por el antes istmo, hoy canal de Suez. América se compone también de dos enormes masas de tierra unidas por una masa convenientemente adelgazada,



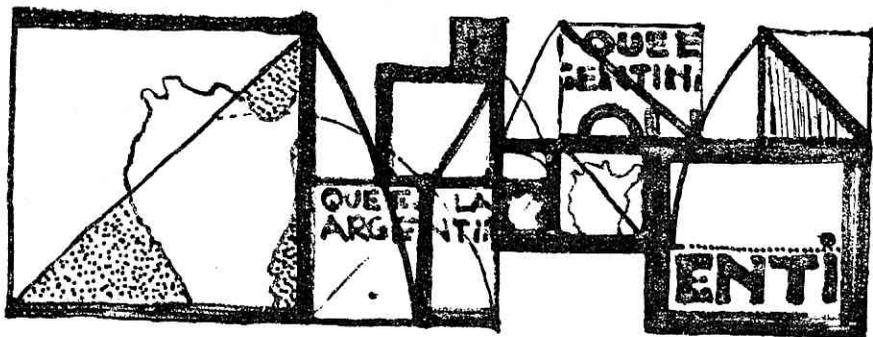
cuya crisis era antes el istmo hoy canal de Panamá. Y sin embargo, contradictoriamente, nadie duda de que este sistema es un solo continente, concediéndose a lo sumo que hay una América del Norte y una América del Sur, hilvanadas por una evanescente América Central.

Este distinto trato a los continentes se debe, sin duda, a que América llegó tarde al *cocktail party* de la civilización. Claro que diremos “llegó tarde” siempre que aceptemos un concepto tardío de la civilización, y consideremos que ésta comienza con la cultura occidental. Pero si consideráramos que la civilización se inicia con la aparición del hombre sobre la tierra, diríamos que comienza con ese Platón primate, con ese Einstein peludo que descubrió un buen día, en la zona sur de Africa, que podía apropiarse de las tibias de las osamentas de los animales mayores, y utilizar esas tibias como arma contundente contra los monitos subdesarrollados de cuyos frescos cerebros ese precoz Hegel se alimentaba.

Pues bien: ese genio de los genios que dio comienzo a la técnica y con ella a las más sofisticadas actitudes actuales de la cultura, ese africano que dio el primer salto en el camino del cohete a Venus, ese africano era en cierto modo un americano, un potencial americano. Así nos lo asegura Wegener, un superdotado posterior, en su teoría de los continentes a la deriva: América estaba entonces unida al Africa. Vuelva el observador a su globo terráqueo, y observe cómo, por así decirlo, el puño del Brasil se corresponde, en su convexidad, con la concavidad de la axila, por decirlo así, de Africa.

Pero nuestra América, ya turbulenta, se separó tempranamente de la maternal Africa, derivó sobre los océanos —siempre esa vocación acuática—, arrugó en forma de cordillera toda su costa oeste contra el fondo del Océano Pacífico (“no arrugue que no hay quien planche”, dice la frase popular), y siguió cayendo, cada vez más al sur, logrando por fin apoyar el pie en el polo y fijarse aproximadamente donde ahora está.

Parece que en esta cariocinesis, América se olvidó al hombre en el Africa, y quedó poblada sólo por enormes animales, todos originarios de ésta. El único ser auténticamente americano que el nuevo continente habría podido, de por sí, dar a luz, fue un caballo enano, de treinta centímetros de alto, según nos explica Toynbee. Este solípedo se extinguió pronto (“poco le costaba”, comenté alguna vez, como si lo más



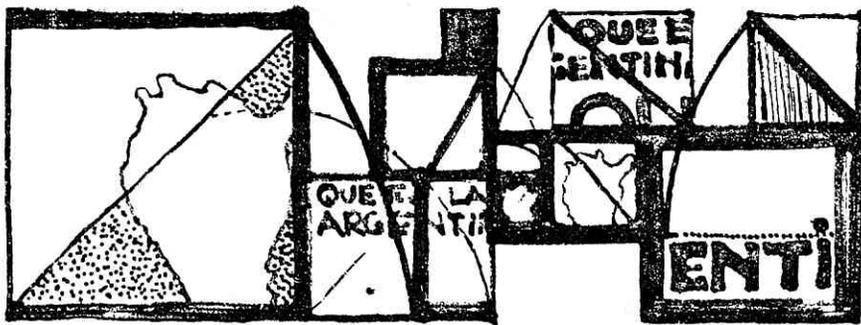
pequeño fuera lo más fácil de extinguir: el átomo demuestra hoy lo contrario). En esta forma, los ulteriores conquistadores españoles se verían obligados a traer a América, entre tantas otras cosas, también caballos. Y fue así como la Argentina podría, a la larga, darse el lujo de procrear sus famosos gauchos o centauros americanos, jinetes representados hoy por los desmontados y desvalidos peones de las estancias. Es así también como el humorista y tal vez metafísico Macedonio Fernández llegó a afirmar que tales gauchos no habían sido otra cosa que un entretenimiento inventado por los estancieros para solaz de aquellos caballos españoles.

Se desprende de lo dicho que los hombres de América no vinieron de África (por lo menos hasta que la cultura occidental, tiempos geológicos después, reinventara la esclavitud). ¿De dónde vinieron, pues, los auténticos americanos? Un sabio, Florentino Ameghino, argentino como lo denuncia la triple consenancia, sostiene que el hombre americano es eso: americano, originario de América misma. Otros han sostenido que los primeros americanos vinieron de Oceanía, a través del Pacífico, en gigantescas balsas dignas de Julio Verne.

Pero la ciencia parece dar la razón a otra tesis: los americanos son asiáticos, pasaron al continente que habría de ser suyo por otro antes istmo, hoy sucesión de islas y estrecho de Behring. Por ahí entraron, saltando de isla en isla, de piedra en piedra, y desde Alaska fueron descendiendo hacia el sur, como atraídos por una absurda ley de gravedad que supusiera el planeta parado con el sur debajo, como acostumbra estar en nuestros globos terráneos.

Así llegaron esos emigrantes asiáticos hasta la extremidad austral del continente americano: la isla de Tierra del Fuego, el volcánico zapato de ese pie que América había conseguido apoyar en el polo sur para no caerse. Así constituyeron, en esa isla a medias argentina y chilena, las tribus de los onas y los yaganes, poso humano que sería luego convenientemente civilizado y por tanto extinguido por las expediciones inglesas que empiezan por la del ilustre Carlos Darwin. Pero ese es otro sabio y otro cuento.

Lentamente, vamos acercándonos así al hecho histórico que habitualmente se conoce como descubrimiento de América, que, como se ve, había sido prehistóricamente descubierta por aquellos vagabundos de la estepa asiática. Es que, habitualmente, llamamos descubrimiento a lo

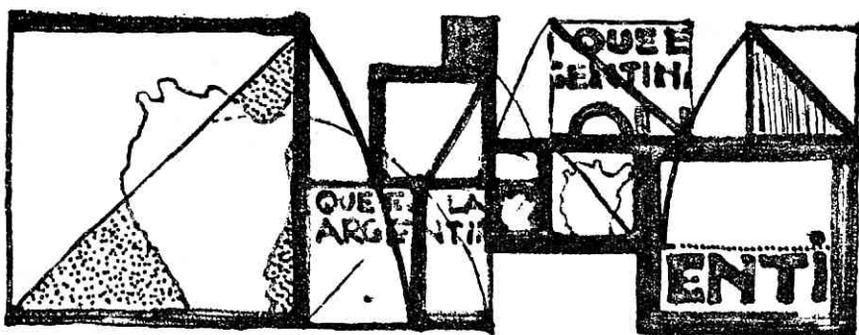


que hace la cultura occidental, confundiendo tal vez “descubrir” con “darse cuenta”. Los esquimales también deben de haber descubierto América antes que nadie, considerándola quizá un mero suburbio de su país. Está probado que los islandeses también descubrieron América más de una vez, bastante antes que el italiano o español Cristóbal Colón. Pero aquellos viejos y repetidos descubrimientos no llegaron en el momento oportuno; la publicidad de semejantes hechos no estaría convenientemente organizada hasta que llegara el período expansivo de las grandes naciones capitalistas.

Fue así, como todos sabemos hoy, que Colón desembarca en 1492 en la zona media de América, en una islita llamada Guanahaní. El encontró esta isla en el lugar donde, según sus planes y planos, debía estar Catay, aquella fabulosa China de Marco Polo, cuyas especies Colón quería llevar por el camino más directo y más barato a los platos de los *gourmets* europeos. Hizo varios viajes más hasta que logró aclarar esta confusión, y darse cuenta, cuando llegó al continente mismo, en la desembocadura del gran Orinoco, que él no había redescubierto Asia por el otro lado del mundo, sino que en realidad había llegado al paraíso terrenal. Textualmente, al paraíso de que hablaba la Biblia, el paraíso del que había sido expulsado el hombre por la ira de Dios, al paraíso de donde el hombre se había retirado con esa terrible expresión de culpa y desnudez que Masaccio pintó mejor que nadie.

Queda así fundamentado el mito primordial de América y cerrado, de paraíso a paraíso, el círculo que nosotros hemos comenzado en esta nota con aquel señor que se armó de la tibia de un ex-viviente para quitar la vida a otros animalitos que a su vez le rendirían sus proteínas para que él pudiera seguir viviendo. Esa nostalgia del paraíso perdido — esto es, del mundo animal, del feliz mundo sin cultura — queda para siempre vinculada, a través de la visión de Colón, con el descubrimiento de América. Con todas sus implicaciones: Eva, la manzana; la mujer, lo sensual.

Este recuerdo animal o paradisiaco no se borrará ya nunca de toda operación sucesiva del mundo occidental sobre el recién descubierto continente. Desde luego que ello no impedirá el más prolijo y en ocasiones desalmado ejercicio de una colonización a gran escala, donde se mezclarán inextricablemente las motivaciones de carácter religioso con los más crudos propósitos de enriquecimiento y aun de saqueo.



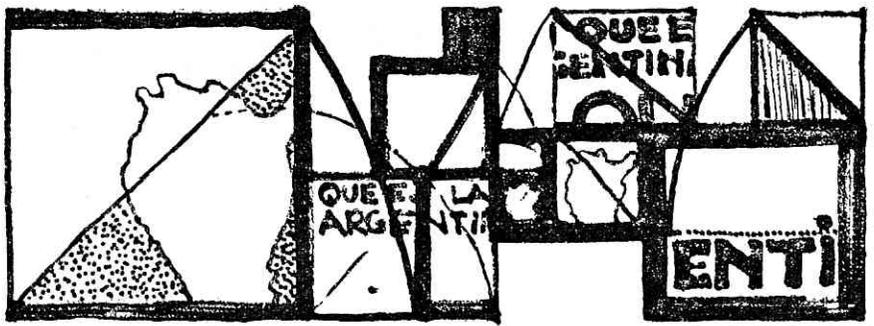
El mundo occidental y católico se impondrá a América latina como una bendición civilizadora y a la vez como una maldición explotadora a través de las poderosas monarquías ibéricas. Correlativamente, el mundo protestante se impondrá a través de la no menos poderosa monarquía inglesa.

Las colonias católicas, más espirituales y por lo tanto más caóticas, darán por fruto, en la parte media y sur de nuestro continente, lo que hoy llamamos con nuevo deslumbramiento la América latina, que de tal modo vuelve a ser redescubierta en profundidad por nuestro siglo. Las colonias protestantes, más metódicas y perseverantes, producirán, en la parte norte del nuevo continente, esa América sajona que es hoy el poder más temible del mundo.

Contra ese poder, precisamente, se alza hoy la rebelión latinoamericana que tiene su centro en el centro de las dos Américas, en la más grande isla de América Central: Cuba, por donde pasa hoy el eje de esa pugna que también se refleja en su periferia sur o argentina. Cuba es el primer gran territorio descubierto por España; Cuba es el último gran territorio perdido por España en el derrumbamiento de ese imperio que había empezado ahí mismo. Cuba es, por último, el primer gran territorio perdido por el nuevo imperio — ahora económico — que, a partir de la caída de España, establecieron los sajones en toda América, primero por medio de Inglaterra, luego por medio de su crecido hijo, Estados Unidos.

Pero nosotros, tenazmente, volvemos al sur, a esto que geoméricamente llamamos *Cono Sur*, este caedizo cono invertido que integró la Argentina con el marginal Uruguay, el longitudinal Chile y el central Paraguay. De este cono nos empeñamos en desglosar para nuestro conocimiento, como si fuera una cosa distinta al cono mismo, esta nación llamada Argentina.

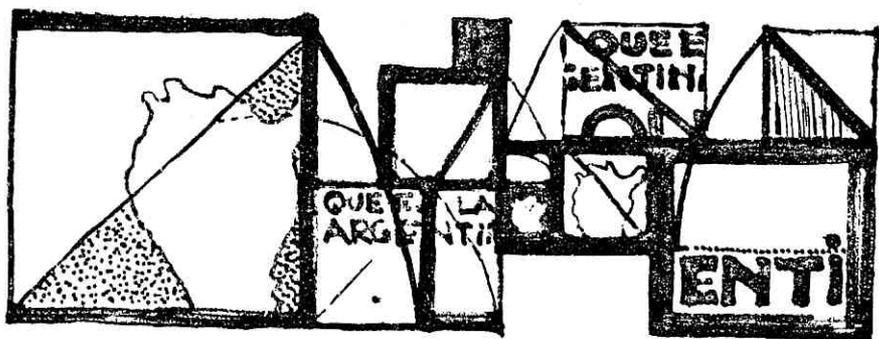
Y nos encontramos, según las estadísticas, con una extensión de 2.776.656 de kilómetros cuadrados (las estadísticas, prudentemente, no incluyen la Antártida ni las islas Malvinas, que la Argentina reivindica como parte de su territorio); y para que esas cifras pasen a significar algo, comparamos: el Brasil tiene 8.513.844 kilómetros cuadrados, y México 1.972.546. Y para que signifiquen más, agregamos que en tal extensión argentina viven 22.353.000 habitantes; lo que la coloca en el tercer lugar de América Latina en cuanto a población: Brasil tiene 75.271,



y México 37.233; la densidad demográfica argentina (8 habitantes por kilómetro cuadrado) es aproximadamente la misma que la brasileña (9 habitantes), y ambas inferiores a la mexicana (19 habitantes). Para ubicar estas cifras en su contexto, digamos a su vez que América entera tiene unos 370.000.000 habitantes, de los que 210 millones en América del Norte, 30 en América Central e insular, 130 en América del Sur.

Todas estas cifras hablan de grandeza, o por lo menos de magnitud. Sin embargo, “algo ha fallado” en la Argentina, como dicen los sociólogos Guido di Tella y Manuel Zymelman, y esto es lo grave. Ellos recuerdan que a fines del siglo pasado “se hablaba de una Argentina de 50 y hasta 100 millones de habitantes para mediados de este siglo, y también de que la Argentina estaba llamada a un destino comparable con el de los Estados Unidos y que iría a desempeñar en Latinoamérica un papel preeminente con repercusiones mundiales. Hoy la Argentina ha pasado apenas los 20 millones de habitantes. Su repercusión en el mundo es casi nula. Su preeminencia en Latinoamérica está siendo discutida por el Brasil. Su posición con respecto a Estados Unidos no es ni siquiera comparable”. He aquí, tal vez, por qué el tango es nostálgico, elegíaco.

Ahora bien, ¿qué es lo que ha fallado? En primer lugar, tal vez, la propia integración territorial del país que fue posible, la impotencia de los habitantes del Cono Sur para constituirse en unidad política. Primero en el proceso formativo, y luego en el liberatorio de las colonias españolas, chocando y entrechocando con los crecientes intereses portugueses e ingleses, la Argentina obtuvo esa extraña forma suya actual de triángulo residual de la América más del Sur. Siendo Argentina la parte territorialmente sustancial de ese Cono Sur, se le habría serruchado un sector allende los Andes (Chile), desanudado un pequeño fardo lateral (Uruguay), volado una provincia al Noreste (la brasileña Río Grande do Sul) y una nación en el centro del Norte (Paraguay). Proceso que ha dado por resultado una interminable serie de cuestiones de límites que hoy se nos antojan antojadizas frente a la evidente unidad geopolítica de ese Cono Sur. Unidad que no debe concebirse, por cierto, centralizada en una impensable Argentina imperialista, sino en la imagen continental de una posible gran nación que la trascendiera, y que se extendiera en la parte sur de América, de mar a mar y como si la cordillera de los Andes no fuera nada, así como se extiende la poderosa nación sajona de la parte norte.



Pero no; aún olvidando este planteo continental, aún ciñéndose al país dado, "algo ha fallado". Quizá la concepción finalmente estrecha de las oligarquías que gobernaron al país después de la caída del tirano, o autócrata unificador, Juan Manuel de Rosas. Entre 1857 y 1914 se radicaron en la Argentina 3.300.000 de inmigrantes: "gobernar es poblar", había insistido desde París Juan Bautista Alberdi. La población argentina aumentó diez veces entre 1870 y 1960. La primitiva capa española que la constituía hasta mediados del siglo pasado, fue cubierta por una cantidad equivalente de inmigrantes. Pero estos se radicaron preferentemente en la ya poderosa zona litoral; además no se les dio tierras ni seguridad para labrarlas. Hoy en día, nada menos que la tercera parte de la población argentina se acumula en la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores. El crecimiento fenomenal que va desde el dorado "fin de siècle" hasta los platinados "roaring twenties", fue, como dicen los sociólogos — por algo aquellas dos expresiones lo son en lenguas extrañas —, un "crecimiento hacia afuera". Sólo se desarrolló la producción ganadera y luego la agrícola, y sólo en una zona del país: así lo exigió el beneficio de los terratenientes planificadores y de las potencias metropolitanas. No creció la industria nacional, no se protegió debidamente al sector desposeído de la población.

Algo ha fallado: nos queda esta Argentina real, la que han formado y deformado nuestros conquistadores, nuestros próceres, nuestros políticos y nuestros militares. Cartográficamente, tiene un extraño aire de bailarina, con una ligera barriguilla — la provincia de Buenos Aires —, y un solo brazo en alto: el de la provincia de Misiones, tórrida de yerba mate y precipitada de cataratas. A esta Argentina debemos atenernos, de ella debemos hablar, por ella debemos responder cuando nos preguntan: ¿qué es la Argentina? Dejando a salvo, naturalmente, que ella es también todas las relaciones en que está implicada y que exceden sus límites geográficos; y eso es tal vez lo más importante que por ahora es.

París, enero de 1968.